

# Vida de Dios en abundancia

“para que nuestros pueblos en Él tengan vida”

---

P. Víctor Martínez, sj

## Resumen

*Una mirada al Dios de la vida nos lleva a detenernos en nosotros mismos y descubrir que estamos llamados a ser dadores de vida al estilo de Jesucristo. Vida de Dios creador, de un Dios que se hace alianza, un Dios liberador, profecía de amor. En un mundo como el nuestro la vida que nace del evangelio hace que lo imprevisible suceda, lo imposible se haga posible y lo inesperado acontezca. Ser religiosos y religiosas al servicio de la vida es ser hombres y mujeres hacedores de historia, constructores de comunidad, gestores de liberación, profetas de esperanza que anuncian la buena nueva del reinado de Jesucristo.*

---

*Uma olhada ao Deus da vida nos leva a deter-nos em nós mesmos e descobri que estamos chamados a ser doadores de vida ao estilo de Jesus Cristo. Vida de Deus criador, de um Deus que se faz aliança, um Deus libertador, profecia de amor. Em um mundo como o nosso a vida que nasce do evangelho faz com que o imprevisto se suceda, o impossível se faça possível e o inesperado aconteça. Ser religiosos e religiosas a serviço da vida é ser homens e mulheres fazedores da história, construtores de comunidade, gestores de libertação, profetas de esperança que anunciam a boa nova do reinado de Jesus Cristo.*

La vida que nos viene de Dios nos hace humanos, verdaderamente humanos, hombres y mujeres dadores de vida. ¿En qué Dios creemos?, ¿cuál es nuestro Dios?, ¿es nuestro Dios el Dios de la vida?

Una mirada a nuestro Dios nos llevará a confrontarnos con nosotros mismos. ¿Nuestra vida es la vida de Dios?, ¿es esa la vida que ansiamos? Juzgo que para la mayoría de nosotros no es así. La vida a la que se aspira es la vida del mundo. La vida del mundo de los “vivos”, la de ocupar los primeros puestos, la del aprovechado, la de aquel que logró su objetivo infringiendo toda norma, pero no llegó a ser visto por nadie gracias a su astucia y agilidad. La vida del mundo de los “vivos” es aquella que les arrebató la vida a los otros, la roba desde la mentira, la falsedad o corrupción. Tiene sabor a muerte y violencia, a ruptura y desunión, a esclavitud y opresión.

La vida de Dios para nosotros viene dada en el Dios de Jesucristo. Es la vida propia de un Dios creador, Aquel que hace que la vida exista, que la historia tenga sentido, que nuestro caminar tenga un norte. Es la vida propia de un Dios que se hace alianza, Aquel que se hace Dios-con-nosotros, lugar de encuentro, vida en común. La vida propia de un Dios liberador, Aquel que se hace salvador, grito de

libertad, acción que vence todo yugo y opresión. Es la vida propia de un Dios que se hace profecía, Aquel que hace que la inmanencia sea transparencia de trascendencia, donde lo imprevisible sucede, lo imposible se hace posible y lo inesperado acontece.

La vida de Dios para nosotros es Jesucristo. Él es el camino, la verdad y la vida (Cfr. Jn. 14,6). Es Jesucristo nuestra Alianza definitiva, nuestro Liberador, el Profeta. Es Jesucristo quien nos ha dado la verdadera vida, el camino que nos ha conducido al Padre, el amor que se ha hecho carne. Es Jesucristo la resurrección que nos lleva a la vida eterna.

Ser cristianos, seguidores de Jesucristo, discípulos y misioneros suyos, significa que en nosotros está sucediendo el Dios de la vida, que en nosotros habita el Espíritu del Resucitado, que somos templos del Espíritu que da vida y vida en abundancia. Si no es así, algo está sucediendo no en Dios, sino en nosotros. Un detenernos en nuestro Dios nos llevará a ahondar en nosotros y descubrir que estamos llamados desde nuestro ser y actuar a ser y hacer como Jesús el Cristo.

Nuestros pueblos tendrán vida, vida de Dios, si profesamos de palabra y de obra que creemos en el Dios de Jesucristo. Si confesamos con nuestros labios y con nuestras acciones que esperamos en el Dios de Jesucristo. Que en Él, en el Dios de la vida, vivimos, nos movemos y existimos. Nuestros pueblos de América Latina y el Caribe tienen hambre de Dios, del Dios vivo, nuestro acompañamiento paciente y generoso con la suerte de nuestro pueblo como Vida Re-

ligiosa es ser portadores de vida, de la vida abundante que nos viene de nuestro Dios. Religiosas y religiosos dadores de vida y vida desbordante.

## 1. UNA VIDA QUE SE HACE CREACIÓN

Nuestro Dios, el Dios en quien creemos, es un Dios creador. Es decir, la vida tiene en Él su origen y sentido. Creemos en el Dios de la vida porque nos sabemos creados por Él. Toda criatura en el micro y macrocosmos proviene de su acción creadora.

Sabernos creados nos hace percibir el mundo con un fin, encontramos su sentido y razón de ser. Del caos inicial, de la confusión, del desorden, brota la acción creadora como fuerza de vida que inspira, orienta, organiza y significa. Lo que no era, comienza a existir, lo que no existía, comienza a ser. En Dios toda criatura tiene sentido pues toda criatura es fruto de su amor.

Pensar en el origen es sabernos amados por un Dios creador. Se trata de descubrir al autor de la vida, al artesano que nos modeló, al artista que nos diseñó. Es asumir la creación como obra maestra, sentirnos aliento de su Espíritu. La vida es un soplo del Espíritu, de ahí que podamos descubrir a Dios en toda criatura. Todo nos habla de Dios, porque todo es producto de su acción creadora.

Recuperar la vida desde la Sagrada Escritura es recuperar el universo desde Dios, sentido pleno de toda existencia. Toda criatura se reviste de Dios, toda criatura participa de la vida de Dios. La vida como un proyecto inacabado

de Dios es un siendo y haciendo que se prolonga en el tiempo.

Nuestra vida es un soplo del Espíritu de Dios, todos nosotros, hombres y mujeres somos partícipes de la vida divina. “Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, hombre y mujer los creó” (Gn. 1, 27). Somos su proyecto, somos vida de Dios, vida desbordante.

## 2. UNA VIDA QUE SE HACE ALIANZA

Nuestro Dios, el Dios en quien creemos, es un Dios del encuentro. Es decir, la vida que nos viene de Dios es vida de revelación, relación, intimidad con nuestro Dios. Dios se hace lugar de encuentro, momento propicio. Tiempo y espacio de manifestación.

Descubrir a Dios en la zarza, en la nube, en el arca es saber que Dios se hace vida en la vida, se manifiesta en la historia, se hace Dios con nosotros mientras vamos de camino. De la ruptura, la desunión, la división, brota la acción de comunión como fuerza de vida que anuda, ata, congrega, crea alianza. Lo disperso se junta, lo desigual se integra, aquello que pasaba desapercibido se tiene en cuenta. Lo que no significaba comienza a tenerse presente, posee un valor específico en el orden de cosas de Dios, su existencia tiene una razón de ser en relación con lo otro y los otros.

Nuestro Dios es un Dios comunidad, nuestro Dios es eminentemente relacional, su amor congrega, integra hace que se creen vínculos, de ahí que nos quiera hacer pueblo suyo, nación santa. La vida es acción de realidad integra-

dora, compromiso de unidad, caminar juntos hacia la tierra de la promesa.

Nuestra vida es reflejo de la divinidad, somos comunidad de amor. Hacemos juntos un mismo ideal, tejemos juntos un mismo sueño desde nuestra diversidad y nuestras diferencias. “Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu” (1Cor.12, 12-13). Somos vida de Dios, somos nueva alianza.

## 3. UNA VIDA QUE SE HACE LIBERACIÓN

Nuestro Dios, el Dios en quien creemos, es un Dios liberador. Es decir, la vida que Él nos da es fuente inagotable de liberación. Vida plena que nos hace libres de todo aquello que puede atarnos haciéndonos perder nuestra identidad y autonomía.

Dios se manifiesta en todo éxodo que nos hace emprender el viaje tras la conquista de la libertad, en toda gesta de liberación personal o colectiva, en toda reivindicación por los derechos fundamentales de nuestra condición humana, en la lucha por romper toda cadena que esclaviza y oprime. Sacudir todo yugo de servidumbre es expresión de la vida divina, comunicación de su gracia liberadora.

Nuestro Dios es un Dios liberador, su aliento de vida desata toda atadura,

fractura toda mala afección, rompe cualquier cadena, quiebra todo pacto servil. Su acción liberadora nos desnuda ante nuestras falsas seguridades, artificiales componendas y juegos dobles con nosotros mismos y con los otros. La vida de Dios que nos libera nos confronta ante los ídolos que nos hacemos, los falsos proyectos que construimos y los vanos caminos que recorremos.

Recuperar la vida desde la libertad en Dios es volar con alas propias, sabernos capaces y protagonistas de nuestras propias existencias, hacer nuestra la historia y la época que nos han correspondido vivir. La vida de Dios en nosotros actúa liberándonos de nosotros mismos, de nuestras caretas, imágenes, máscaras y falsos idearios egoístas y egocéntricos. La liberación de Dios en nosotros actúa como acción colectiva de la liberación de los pueblos, luchas comunitarias tras la búsqueda de la justicia, trabajo arduo contra toda opresión.

Nuestra vida es vida de Dios: somos libres. “Para ser libres nos ha liberado Cristo. Manténganse, pues, firmes y no se dejen oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud” (Gal. 5, 1). Somos vida de Dios, somos aliento de libertad.

#### 4. UNA VIDA QUE SE HACE PROFECÍA

Nuestro Dios, el Dios en quien creemos, es acción profética. Es decir, la vida que Dios nos comunica es fuente de lo impredecible, Palabra viva que denuncia toda injusticia y anuncia toda posibilidad de existir. Acción portadora de trascendencia, comunicadora de novedad, manifestación de la trans-

parencia del misterio que contrasta con la lógica del mundo.

Vida de Dios en la opción preferencial por el pobre, el huérfano y la viuda. Vida que se hace ardua labor a favor de lo despreciado por el mundo, mirada que va más allá de la realidad para desentrañar los signos de los tiempos y los lugares, voces del actuar de Dios en nuestra historia. Profecía de vida en su arrolladora opción por lo humano, lo profundamente humano. Inserción en el barro de nuestra existencia para hacerle transparente. La sabiduría profética nace del corazón limpio cuya mirada, por la acción del Espíritu, renueva la realidad desde la verdad y la autenticidad.

Abrazar la vida como profecía de Dios es recuperar los valores que nos hacen verdaderamente humanos, hombres y mujeres de Dios, del Dios de la vida en franca lid contra los ídolos de muerte. La vida de Dios es profecía en la recuperación del sentido de nuestra forma de ser y de actuar como destinatarios de la acción divina en nosotros. Hombres y mujeres capaces de decidir según lo señalado por el Espíritu, exigencia de corazones abiertos a la conversión, capaces de afrontar el cambio y seguros en dar la vida por el compromiso adquirido. Nuestra vida es profecía de Dios. “Bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros” (Mt. 5, 12). Somos vida de Dios, somos palabra profética.

## 5. UN DIOS QUE SE HACE VIDA EN JESUCRISTO

Nuestro Dios, el Dios en quien creemos, es el Dios de Jesús, el Dios de Jesucristo. Es decir, lo que conocemos de Dios es lo que Jesús nos ha comunicado, lo que Jesucristo nos ha revelado y ha quedado consignado en las Sagradas Escrituras. Porque en Jesús se ha manifestado, creemos en el Dios de la vida, Padre bueno, Señor de la misericordia, Rey de la verdad, Siervo de justicia, Dios amor.

Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, expresa la acción de Dios sobre el mundo. Encarnación de Dios, Jesús es elocuencia de vida y vida en abundancia. Todo dolor y sufrimiento queda en Jesús asumido. Es Él la irrupción del Reino, en Él se hace realidad el satisfacer toda carencia. Su coherencia vital le hace ser sensible ante la ausencia de vida y responder desde lo que es y tiene: vida de Dios.

Jesucristo es dador de vida. Con su ser y obrar manifiesta su poder sobre la muerte, la enfermedad y el mal. Sus acciones a favor de la vida anuncian la presencia del Mesías, su actuar en su significación espiritual y simbólica da a conocer cómo ha venido a curarnos de todo mal y enfermedad, Él cargará con todo dolor y sufrimiento, cuánto más con las consecuencias de nuestro pecado. Proclamar la buena nueva del Reino en acciones reales a favor de la vida lo hace luchar contra el anti-Reino, enfrentarse a todo pecado y ganarse la adversidad de las fuerzas del mal.

Jesucristo, portador de la vida nueva que nace del Espíritu. He ahí el itine-

rario de las bienaventuranzas, el programa del Reino. Los criterios, valores y actitudes del Reino se han de traducir en comportamientos y acciones a favor de la vida. Los que el mundo hace desgraciados y malditos, Dios en Jesucristo, los hace aptos para recibir la bendición del Reino. Las bienaventuranzas del Reino se dan opuestas a las malaventuranzas del mundo. Los pequeños, humildes y últimos, opuestos a los grandes, soberbios y primeros.

Jesucristo gestor de la alianza nueva, vida plena y definitiva. En Él se da el cumplimiento de la promesa, es Él quien congrega al pueblo disperso, quien llama a los suyos, quien lleva a plenitud la ley, quien destruye el templo construido por manos de hombres. Es Jesucristo el lugar de encuentro definitivo, “la piedra angular”, quien llama para enviar, quien convoca y congrega para la misión, quien designa para dar poder en ir a proclamar que el Reino de los cielos ha llegado al mundo.

Jesucristo nuestro liberador. Jesús es hombre libre cuya vida genera libertad y hace efectiva la liberación. Libre de sí mismo y libre ante los otros. Libre para con Dios, su relación de Hijo brota de la libertad en el deseo de hacer la voluntad de su Padre. Libre para con las personas y las cosas, su confianza descansa en la Providencia; su actitud de libertad se manifiesta frente a categorías sociales y ante cualquier tipo de honor; su autoridad para ejercer la misión le viene de su libertad de vida. Es Jesucristo acción liberadora en la praxis relacional, su ser y su obrar actúa haciendo realidad la liberación. “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha un-

gido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc. 4, 18-19).

Jesucristo acción profética y profecía en acción. Es Jesús el profeta, su ser y actuar así lo testimonian. Su talante profético reflejado en las parábolas del Reino, su actuar profético manifestado en sus dichos y hechos lo presentan para los suyos como el profeta que tenía que venir, el profeta que muchos de ellos estaban esperando. Su vida se hace profecía en la encarnación de la verdad, en el señalamiento de la falsedad, en poner al descubierto la mentira, en el anuncio de la justicia. Sus acciones son proféticas en la reivindicación de los derechos, en el sostenimiento de los débiles, en su opción por los pobres, en el abajarse para socorrer, aliviar, levantar al caído, golpeado e indefenso. Jesucristo es el profeta del Reino, su vida trasciende a los que lo han precedido y han preparado su venida. “La ley y los profetas llegan hasta Juan; desde ahí comienza a anunciarse la Buena Nueva del Reino de Dios y todos se esfuerzan con insistencia por entrar en él” (Lc. 16, 16).

## 6. UNA VIDA QUE SE HACE DONACIÓN

Creemos en Jesucristo el Hijo de Dios. Jesús la encarnación de Dios, el amor hecho carne. Aquella vida entregada al servicio de los demás, aquella existencia para los demás. Jesucristo es aquel que ha venido al mundo a traer vida y vida en abundancia (Cf. Jn. 10, 10).

Jesucristo es puro don del Padre a la humanidad, gracia de amor que se

hace humanidad. En la persona de Jesús, Dios comunica su amor para con el mundo. Don gratuito y gracioso. Él es el dador y el don, dándose libremente. La expresión de sacerdote, víctima y altar aplicada a Jesucristo va más allá del sacrificio de expiación, se trata del amor sacrificial que se hace donación. Es decir, una vida que libremente se hace don de amor para los suyos, dándose desde su ser y su obrar, coherencia vital de dar la vida a favor de los demás.

Toda la vida de Jesús es una entrega, una oblación, un darse por los otros. He ahí su misión: dar la vida en el amor. Sacrificio existencial en la cotidianidad de su vida, todo su ser y su actuar va siendo manifestación de su entrega. Cada día es un morir para el mundo a favor del amor, un darse al Padre, gastarse y desgastarse por el Reino. El amor oblato pasa por lo ordinario de la jornada, por la oquedad de lo cotidiano, por la monotonía del tiempo que se repite en ritmo igual de cada alborada y ocaso. Entregar la vida es ir dando, ir muriendo mientras se va viviendo, ir dejando algo de sí en el corazón y en la vida de los otros.

Jesucristo es oblación constante dando vida, curando la enfermedad, aliviando el dolor y el sufrimiento de quienes lo padecen. He ahí la misión de Jesús: dar vida. Su coherencia vital radica en que todo su ser, su forma de valorar, sus criterios y actitudes son portadores de vida, son para alentar, sostener, consolar, comunicar aliento vital a quienes se sienten desfallecer. Su amor misericordioso se hace verdad en la bondad que se hace pasión por los demás, cuánto más por los que sufren, sentir entrañable e internamente el sufrimien-

to de los otros, porque sólo haciendo suyo sus quebrantos los redime. Es Él, el viviente quien transforma nuestra debilidad en fortaleza, nuestro repliegue sobre nosotros mismos e inútiles lamentaciones en corazones abiertos a la eficacia confiada de la misión. Es Él quien nos ilumina en la duda, en la angustia nos serena, nos calma en la tormenta y en la soledad nos acompaña.

Jesucristo da su vida hasta vaciarse definitivamente, he ahí la expresión extrema del amor. Entregarse libremente para ser aniquilado, donarse todo para ser asesinado, su vida no es arrebatada, es dada por amor. Don dado, vida entregada, sangre derramada, he ahí la realidad de un tal Jesús el Cristo, vida para la vida. Un compartir la mesa hasta partir la vida, un sentir con el otro hasta hacer suyo su dolor, un deseo de hacer verdad la justicia hasta hacerse el Justo, comer la pascua para hacerse Pascua.

## 7. UNA VIDA MÁS ALLÁ DE LA VIDA

Creemos en Jesucristo, el Hijo de Dios, el Resucitado. Un amor hecho vida más allá de la vida. “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn. 3, 16). Dios es el dueño absoluto de la vida.

La vida de Dios en Jesucristo es hacer posible, creíble y realizable lo que el mundo ha hecho imposible, increíble e imprevisible. Tal es la realidad de la resurrección, la plenitud de sentido, la realización definitiva del Reino, la felicidad sin ocaso, la acción plena del Espíritu.

No se trata de preguntarnos qué nos espera después de la muerte. Se trata

de construir Reino mientras vamos de camino, cómo hacer nuestra vida más digna y cualificada. Responder a aquella sed de un mundo mejor es posible, hacer realidad mejores condiciones de vida, optar radicalmente por las fuentes que hacen verdad un mundo más justo y fraterno. Se trata de optar por la vida, por el Dios de la vida, el Dios de Jesucristo. “El que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna” (Jn. 4, 14).

“¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado” (Lc. 24, 5b-6). Esperanza cierta que nos jalona con fuerza hacia la eternidad. Esperamos la venida del Señor desde la acción laboriosa a favor de la vida. Nuestra experiencia de fe en el Resucitado nos lleva a trabajar con todo empeño y pasión mientras peregrinamos, nuestra mirada puesta en el ideal del Reino se va haciendo esperanza activa en vivir a plenitud la alegría de transformar el mundo, vamos haciendo Reino mientras él irrumpe, vamos construyendo futuro mientras la eternidad nos abraza, vamos posibilitando vida mientras la vida nos desborda.

## 8. UNA VIDA DE AMOR

Creemos en Jesucristo el Hijo de Dios hecho amor. Dios es amor porque Jesús su Hijo fue vida de amor. Jesucristo es amor, expresión elocuente y veraz de Dios. “Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor” (Jn. 15, 9).

Jesucristo es amor porque su vida es un don, un darse. El amor es comuni-

cación de lo que se es y lo que se tiene. Jesucristo es don de sí a la humanidad. Comunicación plena de vida. El amante da a la amada lo que se es y lo que se tiene, se da, así como la amada al amante. He ahí el amor: comunión de existencias, vitalidad que se comparte, vínculo de unidad.

Jesucristo es amor porque su vida es vida en nosotros. El amor se hace presente en toda la creación. Experimentar el mundo como morada de Dios. Todo ha sido creado en Cristo y por Él. Jesucristo nos hace templos vivos de Dios. He ahí el amor: sentir a Dios actuando en nosotros. Cuanto más habita Dios en una criatura, tanto más es ella misma. Gozo profundo que brota del otro como fuente de alegría.

Jesucristo es amor porque su vida es servicio. El amor es trabajo constante, la vida se hace servicio, entrega, movilidad en la acción continua de servir. Preparar el mundo nuevo, posibilitar el Reino, hacer realidad una tierra nueva y un nuevo cielo. He ahí el amor: vida que se hace servicio, trabajar como obreros incansables de la viña del Reino, colaborar en la obra de Dios.

Jesucristo es amor porque su vida es un abajarse, un hacerse comprensible para la humanidad. El amor desciende en lo pequeño, se hace posibilidad en el silencio, se va gestando en lo sencillo. El amor descendió en un hombre desconocido de Nazaret. He ahí el amor: se hace pan de camino, se transparente en los pequeños y en lo pequeño, se hace realidad en todas las cosas, aún en aquellas que pasan para nosotros, la mayoría de las veces, desapercibidas.

## 9. RELIGIOSAS Y RELIGIOSOS AL SERVICIO DE LA VIDA

Creer en el Dios de la vida, creer en el Dios de Jesucristo, sabernos que hemos sido llamadas y llamados por Jesucristo a seguirle significa que nuestra vida ha de estar al servicio de la vida. Nuestro modo de ser y de proceder testificará de palabra y de obra que somos portadores de vida. La vida que nos viene de Dios ha de ser por nosotros comunicada, hemos de ser hombres y mujeres que a lo largo y ancho de nuestro continente latinoamericano y caribeño manifestemos esta vida divina.

Vida de Dios, vida divina que es vida de amor. Vida para la vida mientras vamos haciendo historia, mientras hacemos el quehacer diario de cada jornada. La vida de Dios es vida para la vida. Vida de humanidad, vida que nos hace nacer de nuevo, sabernos gestores de un mundo nuevo es posible desde los valores del Reino. Nuestro compromiso decidido con la transformación del mundo. Vida de Dios que nos lleva a la vida eterna si hacemos de la vida, vida. He ahí la vida en abundancia y he ahí nuestra tarea como Vida Religiosa, consagradas y consagrados al servicio de la vida.

Hombres y mujeres hacedores de historia, capaces de posibilitar la vida. Optar por la vida es hacer que ella sea vida, vida digna y justa. Co-creadores de existencia, de espacios y tiempos de vida. Defender la vida en oposición a todo sistema de muerte, capaces de enfrentar y luchar contra todo mecanismo que menoscabe y menosprecie la vida.

Hombres y mujeres constructores de comunidad, alentando y animando todo lo que sea germen de unidad, trabajo en común, tejido de vida. Hemos de hacernos compañeros de ruta de comunidades que quieren apostar su vida a la fraternidad. Hemos de hacernos hermanos, manos que trabajan juntas en diseñar y hacer realidad el pueblo de Dios desde el hogar, la familia, el grupo de amigos, la asociación.

Hombres y mujeres de acción y apoyo en el camino liberador de nuestro pueblo. Atentos a no dejarnos esclavizar por nada ni nadie que nos impida ser libres, capaces de hacer frente y luchar por nuestros derechos en oposición a todo tipo de explotación y opresión. Desenmascarando todo ídolo y sistema que deshumaniza y destruye.

Hombres y mujeres de profecía, de una decidida opción por los pobres. Atentos para no desfallecer en sostener a los débiles, los pequeños, los despreciados del

mundo. Capaces de ir a la periferia, de testificar que es posible para Dios lo que el mundo nos ha hecho creer que es imposible. Promulgadores de la sabiduría del Espíritu, capaces de anunciar la Buena Nueva de Jesucristo y denunciar todo lo que va en contra del Reino de Dios.

Hombres y mujeres de esperanza, portadores de la existencia de una nueva tierra en el aquí y ahora de nuestra historia. Un nuevo mundo es posible desde la incansable labor de la justicia que hace posible la paz, en el arduo trabajo de la repartición de las riquezas, la igualdad de todos como humanidad, en la libre aceptación y respeto de todo tipo de diferencias.

Hombres y mujeres dadores de vida en la entrega diaria de nuestras vidas. Somos don de vida para la vida de América Latina y el Caribe si vamos experimentando que algo de nosotros/as va donándose en el transcurrir de la existencia. Ir dando la vida mientras la vamos entregando.

